

estaba discutiendo con ella —. No iba a entrar aún; sé que si entro tengo que pasar otra vez el espejo, meterme en nuestra sala, y, ¡adiós aventura!

Volvió la espalda resueltamente, y, una vez más, emprendió el camino por aquella senda, dispuesta a seguir adelante hasta dar con la odiosa loma. Durante unos minutos todo fué bien, y ya empezaba a decirse «esta vez no falla!...», cuando de pronto el camino dió un rápido giro, y tras de una sacudida, otra vez se encontró en la puerta de su casa y casi dentro de ella.

—¡Esto es ya demasiado! — exclamó furiosa —. ¡No vi la casa en todo el camino!

Sin embargo, allí estaba otra vez la colina, bien a la vista. No había otro remedio que intentarlo de nuevo. Esta vez fué por entre un macizo de flores bordeado de margaritas, en medio del cual se levantaba un hermoso sauce.

—¡Oh, lirio tigre! — dijo Alicia dirigiéndose a una de estas flores que balanceaba graciosamente la brisa —. ¡Cómo me *gustaría* que pudieses hablar!

—*Podemos* hablar — repuso el lirio —, cuando lo hacemos con alguien que merece nuestra conversación.

Alicia se sorprendió, y por unos minutos no pudo decir una palabra, casi ni respiraba. Al fin, y como el lirio tigre continuase su balanceo sin chistar, volvióse a dirigir la palabra con tímida y temblorosa voz:

—¿Y todas las flores pueden hablar?

—Lo mismo que tú, y algunas más fuerte que tú. Lo que pasa — dijo una rosa interviniendo — es que nuestras costumbres nos prohíben que hablemos las primeras, y me quedé maravillada cuando te oí. Me dije: «Su cara tiene alguna expresión, aunque no parece muy viva. Sin embargo, el color es el apropiado, y eso ya es una gran cosa».

—¡El color no tiene importancia! — objetó el lirio —. Si llevase los pétalos más recogidos, sería normal.

Alicia no experimentaba un gran placer, que digamos, en que la criticaran, y abordó otro tema; hacer preguntas era su gran recurso. Y así comenzó a interrogar:

—¿No tenéis miedo de estar aquí plantadas, sin que nadie os cuide?

—Tenemos el árbol en medio — contestóle la rosa —. ¿Para qué sino para eso podría servir?

—¿Y qué puede hacer el árbol en caso de peligro?

—¡Ladra!

—Dice «¡guá! ¡guá!» — chilló una margarita —. Por eso se llama *gua*...recerse el cobijarse bajo sus ramas.

—¿No lo sabías? — dijo otra margarita, muy guasona también, y todas empezaron a gritar llenando el aire con sus vocecitas penetrantes.

—¡Silencio! — exclamó el lirio, oscilando violentamente de un lado para otro, muy excitado —. ¡Saben que no puedo alcanzarlas! — agregó con rabia, inclinando la temblorosa cabeza hacia Alicia —. ¡De lo contrario no se atreverían!

—No les hagas caso — díjole Alicia, amablemente, e hizo callar a las margaritas que otra vez iniciaban el alboroto, diciéndoles —: ¡Si no os calláis la boca, os arranco a todas!

Hubo un momento de silencio y algunas margaritas rosadas tornáronse blancas.

—¡Eso está muy bien! — dijo el lirio —. Las margaritas son de lo peor. Cuando una habla, todas las siguen, y son capaces de hacerlo marchitar a uno, si quiere enterarse de lo que dicen.

—¿Y cómo pueden hablar todas con tanta gracia? — preguntó Alicia, que trataba de aplacar el enojo del